

amplificada por la resonancia de un flaco tórax, recordaba la sonoridad del cuerno o de la trompeta: estallaba y luego, repentinamente, moría con un sordo fragor. Y mis palabras, de un timbre más agudo, intentaban insinuarse en los silencios de un segundo de los viejos que me contaban su pena. Creo que éramos felices y que una unión casi perfecta estaba en trance de realizarse: el hombre acostado, su compañera de pie, el médico sentado al borde de la cama formaban un coro al unísono.<sup>26</sup>

Visto desde una perspectiva tradicional lo que aquí se dice puede parecer esteticismo u obscenidad, si no ambas cosas. Podría pensarse que lo que busca el autor es sorprender con la finura de su metáfora a un lector bobalicón; por fortuna, el tono general de la obra permite abandonar esta injustificada sospecha. No es la belleza de la frase, sino el conocimiento de la realidad lo que Reverzy busca —y yo me atrevería a decir que encuentra— al percibir como algo puramente musical el coloquio en el que un médico pregunta, un paciente refiere —sin prestar demasiada atención, por otra parte, al interrogatorio conductor del médico— y su esposa, sorda al discurso de uno y otro, rememora antecedentes patológicos sin excesiva confianza en la atención de sus dos compañeros —pues el narrador no estimula a que los denominemos interlocutores—. No es, asegura, la información, sino la armonía lo que, en primera instancia desean obtener Dupupet y su mujer de aquél de quien solicitan ayuda. Bien es verdad que, en el curso de su visita, el médico explorará al enfermo y anotará mentalmente aquellos datos anamnésticos que fundamenten su diagnóstico y la ulterior terapéutica. Pero sabrá responder, con inusual sensibilidad, a esa demanda de una comunicación más sutil, menos técnica pero no por ello menos necesaria para la higiene de las almas:

El concierto continuaba; cada uno hablaba apasionada o pensativamente, según los instantes, sin interrumpirse nunca. La expresión de los rostros, las actitudes, los gestos de las manos separadas del cuerpo para concluir en movimientos de extensión o de flexión de los dedos (...), el resplandor de las miradas añadían su significación propia, enriquecían los símbolos del lenguaje y a veces, con su sola existencia, iluminaban la noche de lo inexpresado.<sup>27</sup>

Después de un «huracán de palabras», como de común acuerdo, los tres personajes abandonan ese fondo musical que, a lo largo de esta primera etapa de la visita médica, ha suministrado su decir. La palabra, que ha dejado de ser «cosificadora», huelga al fin, habiendo experimentado quienes hablaban, al unísono, «una misma necesidad de silencio». El paciente y su esposa parecen compartir la creencia del médico narrador:

En nosotros, sin que ninguna palabra lo tradujera, la conversación proseguía.<sup>28</sup>

Por fin, el pacto queda sellado con un gesto:

Habíamos hablado durante largo tiempo. Poco importa el sentido de nuestros discursos; aunque hubiésemos hablado cada uno una lengua diferente, nuestro acuerdo habría sido el mismo: más allá de nuestra consciencia, en esa región de los dolores y de las alegrías (...). Ahora nuestras manos unidas, mejor que las palabras incapaces, sellaban nuestro acuerdo.<sup>29</sup>

Más adelante describirá la muerte de Dupupet, detallando morosamente lo que para

<sup>26</sup> Op. cit., pp. 96-97.

<sup>27</sup> Op. cit., p. 99.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

<sup>29</sup> Op. cit., p. 100.

él es más importante: el silencio, los gestos, las palabras tópicas pero, por ello mismo, exigidas por los que rodean primero al moribundo, luego al cadáver. La novedad que presenta esta etapa en el análisis de la palabra, el gesto y el silencio es la perspectiva: Reverzy sostiene que el ritual ejecutado con ocasión del fallecimiento de Dupupet va dirigido mucho más a los acompañantes que al agonizante, quien

... tal vez hubiera preferido expirar solo, al lado de la vieja, en el murmullo de la frase musical que le había acompañado tan largo tiempo y cuyo final no conocería.<sup>30</sup>

Pero se siente obligado a romper el silencio que sigue al tránsito de su paciente con el esperado: «ha muerto», pues piensa que

... la muerte de los otros significa solamente que nuestra vida continúa, grávida de una experiencia nueva, y que sigue adelante para participar de otras muertes, como de sacramentos, antes de conocer por fin la nuestra.<sup>31</sup>

Una vez más la muerte y el lenguaje aparecen vinculados; pues, como hemos visto, el conocimiento de la muerte es la insoslayable tarea que Reverzy se ha impuesto —o ha asumido, si tomamos como origen de la misma la formulación de la frase oracular de Mme. Joberton de Belleville—. En el prólogo a la edición francesa de la novela, A. Gerber no parece extrañarse de ello:

La muerte del escritor es menos triste que la del resto de los hombres. Porque la muerte es su oficio y su gozo perverso. Su puta gratuita, o más bien obligatoria.<sup>32</sup>

Reverzy comparte, cierto es, con otros escritores este oficio y este problemático gozo; pero, además, es médico y ha visto padecer y morir a muchos seres humanos. Ello nos lleva a brindarle nuestro crédito. Por otra parte, cuanto Reverzy nos ha dicho coincide —*quod erat demonstrandum*— con lo que Laín, a lo largo de años de reflexión que no puede tildarse de esteticista, ha aprendido y enseñado sobre la palabra y el silencio del médico. Por fin, para juzgar la veracidad del autor será preciso concederle de nuevo la palabra, a fin de saber de qué modo ha resuelto el enigma y en qué medida su respuesta le ha ayudado a ser, efectivamente, mejor médico. Al enterarse de la muerte de su antiguo profesor medita, de nuevo, sobre el episodio central de su biografía íntima:

Al relevarse para contarme la enfermedad de Sulpice (...) mis huéspedes habían tenido el designio de enseñarme una verdad escondida. En su diálogo todo estaba ordenado para que la muerte de los médicos pareciese más triste que la de los demás hombres (...) Pero la voz de Mme. Joberton de Belleville, con encantos de sirena que llamase desde los arrecifes de la muerte, no enseñaba la desesperación, sino que ordenaba continuar hasta los límites tenebrosos de la vida que ella había franqueado antes que yo.<sup>33</sup>

Y este aprendizaje de la finitud, incluso antes de su conclusión, obra positivamente sobre el hombre que acepta la tarea. Reflexión sobre la muerte y práctica clínica —con todo lo que ello conlleva de conocimiento y compasión del padecer y el morir de los

<sup>30</sup> Op. cit., p. 110.

<sup>31</sup> Op. cit., p. 113.

<sup>32</sup> Gerber, A., «Préface» a Reverzy, J., op. cit., p. 13.

<sup>33</sup> Op. cit., p. 120.

hombres— son juzgadas con gratitud por el escritor Jean Reverzy quien, en los días de su juventud, decidió hacer su vida de hombre como médico. Y en este juicio agradecido vuelve a hacerse cargo de la incomunicabilidad —al menos a través de la palabra— de lo más esencial; del valor superior del silencio, de lo informulado, cuando lo que hay que hacer es estar con los hombres en su soledad, en su abandono, tal vez en su muerte.

Al igual que la cena que me ofreció el profesor Joberton de Belleville (...) mi visita a Dupupet sigue siendo para mí un tema de meditación, de estudio, de extrañeza y a veces de temor (...). Recordando todo esto, se me ocurre pensar que hay una ciencia aún por nacer que se preocupará de la aproximación de los seres vivos, de su contacto, de su retiro, de los movimientos de sus cuerpos y de sus miembros. Ciencia que será la de la soledad del hombre y, consecuentemente, la del hombre mismo. Y (...) el pensamiento se contenta con esta observación, sin conclusión ni provecho para la inteligencia, de sonidos articulados, de signos escritos, de gestos, de descarga de miradas, gracias a los cuales parecen comunicarse las almas (...). Me había encontrado cerca de un viejo dormido, lo había despertado; nuestras voces se habían elevado para proclamar nuestra alianza, mientras que detrás de nosotros una vieja señalaba su presencia con una frase sin fin. Yo no quería comprender nada, pues nada humano se comprende, pero había encontrado mi lugar en medio de los hombres.<sup>34</sup>

Afortunadamente el mero hecho de que Jean Reverzy haya decidido plasmar sus experiencias en el lenguaje escrito, que se haya esforzado por hacerlas comunicables, abre a sus posibles lectores un dominio cuyo interés para el médico es, como hemos visto, fundamental. Con distinto lenguaje y con diferente precisión el médico Pedro Laín ha asumido la misma tarea, llegando a idénticas conclusiones: oscilamos —dirá Laín— «entre el silencio y el silencio a través de la palabra».<sup>35</sup> Ambos discursos, a mi modo de ver, se complementan, ofreciendo otras tantas vías al médico inquieto por serlo de la manera más cabal posible y garantizando mutuamente su exactitud. Quede, pues, esta breve lectura de la novela de Reverzy como homenaje a Pedro Laín, maestro de médicos, siempre inquieto por la palabra y el silencio, siempre atento a los mensajes de la literatura, siempre movido por la precariedad de la existencia del ser humano.

**Luis Montiel**

<sup>34</sup> Op. cit., pp. 102-103.

<sup>35</sup> Laín, P. (1986), p. 247.

